

RESEÑAS

DE DIEGO GONZÁLEZ, Antonio, *Populismo islámico. Cómo se ha secuestrado la espiritualidad musulmana*, Córdoba: Editorial Almuzara, 2020, 232 páginas.

¿Qué está pasando en el mundo musulmán? ¿Qué hace que, según algunas encuestas, casi la mitad de los musulmanes franceses piensen hoy que la ley islámica (*sharia*) es superior a las leyes de la República, un porcentaje que ha ido creciendo con rapidez en los últimos años? ¿Por qué se produce entre ellos un rechazo frontal a la europeización, a la occidentalización, aunque sea a costa de un revisionismo radical de la propia tradición doctrinal del islam? ¿Por qué se extiende el uso del velo islámico en países donde no era costumbre llevarlo, o al menos no de forma tan notoria? El islam es hoy algo más que una religión, para muchos se ha convertido en una fuerza identitaria y política. Según explica Antonio de Diego en este magnífico y documentado libro, lo que está pasando es el populismo islámico. En esta obra, se nos presenta sus orígenes, sus estrategias, sus representantes y sus medios para difundirse. Difícilmente se encontrará sobre el tema un trabajo más claro y comprometido que este, y al mismo tiempo más clarificador, porque sin duda su gran acierto está en ligar estos movimientos políticos/religiosos que se están produciendo en el mundo musulmán con el auge del populismo que estamos viviendo en muchos otros ámbitos políticos, culturales y religiosos (por ejemplo, con el evangelismo en América).

El libro, cumpliendo con los criterios de rigor, comienza con una exposición sucinta pero iluminadora de lo que es el populismo y realiza una interesante comparación entre el populismo político o ideológico y el religioso. “El populismo religioso –escribe su autor–, tal y como lo conocemos y lo sufrimos, es un producto sincrético que proviene de los cruces entre filosofía moderna, binarismo moral y teología política. Ninguna religión mayoritaria

de las que operan en la actualidad se ha salvado de sufrir el populismo. [...] [I]ntentan convertir la voluntad del pueblo en la voluntad de los fieles y suelen ser incapaces, por interés propio, de explicar que la mayoría de sus transformaciones ideológicas o culturales tienen apenas doscientos años, cuando el proyecto ilustrado que la modernidad trajo consigo dejó de ser un proyecto atractivo.” (p. 20).

Ejemplos de populistas islámicos que analiza el libro son los de Mawdudi, Khomeini, Gaddafi, el líder jihadista Umar Abd Al-Rahman, Osama bin Laden e incluso Recep Tayyip Erdogan, el actual presidente de Turquía. La influencia de estos líderes populistas empezó a tener sus efectos más notables a partir de los años 80, apoyados en el victimismo suscitado por diversos conflictos en el mundo musulmán y, muy particularmente, por el conflicto palestino-israelí.

Un efecto muy importante que ha tenido dentro del propio islam el auge de este populismo (además, claro está, de las numerosas víctimas producidas por el terrorismo jihadista) ha sido lo que Antonio de Diego designa como el “asesinato de la espiritualidad”, es decir, el intento deliberado de aplastar a la corriente sufi, que tanta influencia tuvo en el pasado como garante de la tradición islámica. Esta influencia es la que lo convertía precisamente en un enemigo a batir: “son ese enorme poder social que ha ostentado el sufismo en el mundo tradicional a lo largo de siglos y su atractivo para el mundo contemporáneo occidental los que le convertían en el enemigo más tangible de una ideología populista especialmente para aquellos populistas contemporáneos que fundan su propuesta en una de base identitaria. [...] Hoy en día asistimos a un auténtico acoso y derribo de la espiritualidad islámica para sustituirla por una lectura jurídico-política y literalista de los textos y las experiencias espirituales. Un intento de retomar el control social cuestionando cualquier ápice de libertad, de expansión de la persona. [...] Heredado de las posiciones doctrinales del wahabismo y del salafismo, al populismo le molesta especialmente la diversidad y la hermenéutica de las fuentes jurídicas y los textos canónicos del islam.” (p. 84).

La responsabilidad de Arabia Saudí en este fortalecimiento populista en diversos lugares del mundo, por ejemplo, en la polarización vivida en Nigeria, así como su instrumentalización política y geoestratégica de la religión, es firmemente subrayada en el libro. “Durante sesenta años –se nos dice– Arabia Saudí y la Universidad de Medina han sido la gran fábrica de los *fake-ilm*”. Aclaremos que por *fake-ilm* se entiende un conocimiento religioso falso pero que ejerce una gran influencia social. De Diego es muy crítico con los que producen y difunden estas falsedades. De hecho, lleva a cabo en el libro algunas denuncias concretas y bien argumentadas de los dislates contenidos en algunos de esos textos o proclamas falsos, como los que promueven mutilación genital femenina basándose en fundamentos religiosos erróneos.

Pero también queda bien clara la responsabilidad de Occidente, que facilitó en la segunda mitad del siglo XX la reislamización de ciertos países para evitar el influjo de la Unión Soviética y del comunismo. Paradójicamente incluso con el apoyo de una parte de la izquierda cultural.

Especialmente interesante, en mi opinión, es la visión que de Diego nos ofrece del papel central que la estética ha tenido en los últimos años en la difusión del mensaje fundamentalista. “El *fake-ilm* jihadista –escribe– necesita necesariamente de estética para reafirmarse. En los últimos años ha habido una enorme progresión desde los primeros mensajes y *nasheed* (canciones) de grupos como *Al-Qaeda* a las propuestas del *Daesh*. Las primeras tenían un rol informativo dentro de los cánones del discurso intelectual arabófono muy parecido al de los *shaykhs* wahabistas, en cambio estas últimas han incorporado una estética cinematográfica brutal y populista que busca seducir a jóvenes de corta edad. Esta es la hiperrealidad de Baudrillard en estado puro, en la que las imágenes y la estética son el mensaje y su justificación al mismo tiempo. La narrativa es la propia acción” (p. 103). Y más adelante explica: “Los líderes e ideólogos del islamismo como el pakistaní Mawdudi o el predicador argelino Abbasi Madani (1931-2019) tuvieron muy claro que islamizar la sociedad significaba tomar el control no solo político sino también estético del pueblo. Lo estético ya no era un problema sino una necesidad: había que mostrar con orgullo la «musulmanidad» como Mawdudi explicaba, construir una «Sociedad Musulmana» bajo la voluntad de Allah. Había que visualizar claramente qué era ser musulmán” (p. 117).

En todo ello, el uso de los medios de comunicación audiovisuales y de las redes sociales ha sido un recurso imprescindible de difusión y captación de adeptos. Para dichos medios han sido elaborados expresamente vídeos de estética muy bien estudiada y de enorme eficacia para un público joven y desorientado. Vídeos terribles a veces, con un mensaje simple, poco doctrinal, pero capaz de lograr su objetivo de forma certera, sobre todo desde el punto de vista emocional. “Los jihadistas del siglo XXI más que de bombas saben de TICs y marketing” (p. 176). No sería exagerado decir que el islam es la religión que mejor ha sabido servirse de internet y las redes sociales para aumentar su influencia. Esto es analizado con más detalle en el capítulo 9.

El libro dedica espacio también (en el capítulo 6) a analizar el modo en que el rigorismo y puritanismo salafista se impuso en la interpretación de la ley islámica, en especial a través de la islamización del conocimiento y el control de la educación. Así, por ejemplo, “la Universidad de Medina ha sido la principal fábrica de «misioneros» del wahabismo gracias a las becas de estudio otorgadas por las autoridades saudíes” (p. 120).

El capítulo 7 está dedicado a la ambición política. Nos ofrece una viva descripción de la llegada al poder del populismo islámico en Argelia en 1990

y Egipto en 2011 y de proclamación del califato por Al-Baghdadi en Siria en 2014. En Occidente, sin embargo, esa ambición política se manifiesta de forma más indirecta. No se busca la toma del poder, por ser un objetivo inalcanzable. Pretende más bien distorsionar la convivencia e incide más en lo social que en lo político. Esto a través del *madkhalismo*, una doctrina aparentemente quietista pero que es caldo de cultivo para posiciones políticas radicales que pretenden romper con la sociedad civil occidental.

Capítulo 8 es uno de los más aleccionadores y se titula “El jihad y el jihadismo”. Trata de responder a la pregunta acerca de “cómo el esfuerzo (*jihad*) frente a la dificultad se convirtió en jihadismo” (p. 148). Un ejemplo de libro de cómo la distorsión interpretativa de un precepto religioso se puso al servicio del populismo y del radicalismo político. Sus amplios conocimientos en la tradición textual musulmana hacen de Antonio de Diego alguien especialmente adecuado para exponerle al lector de forma clara las artimañas doctrinales empleadas en esta popular tergiversación.

Finalmente, el capítulo 10, titulado “La diáspora y el garaje” efectúa un rápido recorrido por la situación de los musulmanes en algunos países europeos, incluyendo España y la contrasta con la situación en los Estados Unidos, en donde el populismo islámico ha tenido mucho menor éxito. De Diego da cuenta de algunas de las razones de esta diferencia, entre las que no ocupa un papel menor el apoyo que la extrema izquierda presta en Europa, bajo la excusa del relativismo cultural, al populismo islámico.

El libro se cierra con un epílogo sobre el futuro del islam escrito con el ánimo de dejar en el lector una esperanza de que los fieles de esta religión consigan zafarse del yugo populista, del que son sus principales víctimas. De Diego ve una posibilidad de que tal cosa suceda si se consiguiera profundizar en la espiritualidad tradicional del islam. No soy yo quien puede decir si ese camino es el mejor, pero en todo caso es evidente que traería una situación más deseable que la actual.

En suma, estamos ante un libro necesario para entender el tiempo en que vivimos, útil, bien documentado, de lectura agradable y demoledor de tópicos desnortados. Un libro con el que aprender y con el que pensar. Lo recomiendo vivamente. Y si usted es musulmán y joven, con mayor motivo. Es muy posible que en el último capítulo vea su vida retratada.

Antonio Diéguez
Universidad de Málaga